

## Carne humana

Autor: Armando Ibarra Hernández

Con impaciencia, Raquel contesta el teléfono. Del otro lado de la línea una voz masculina con aires de triunfo le dice: “el trabajo fue un éxito”.

—Todo salió perfecto —agregó el hombre—, ya tenemos la “mercancía”. Dentro de dos meses recibirás la paga, te veré en el lugar de siempre y nos...

—¡Espera, Mauricio! —interrumpió sobresaltada—, no comprendo, yo aquí la tengo.

—¿Qué dices...? ¿La mercancía?

—Sí. ¿Qué pasó?

En la mente del hombre había mil preguntas, pero ninguna respuesta. Debía actuar rápido.

—Te llamo en media hora —el hombre respondió sorprendido, a la vez que autoritario.

Desde hacía seis meses, Raquel había estado trabajando como niñera en la casa de los Villaseñor; consiguió ese trabajo gracias a unas cartas de recomendación falsificadas; era avispada, amén que su educación media satisfacía los requerimientos del puesto. Había caído en terreno fértil: ya confiaban en ella.

No muy lejos, en las oficinas electorales, los coordinadores del partido PPM hacían los últimos ajustes a la campaña del candidato en turno. Mientras, haciendo antesala, una pléyade de proveedores se frotaba las manos inconscientemente, como si indicaran que pronto tendrían una rebanada del pastel; sin duda, el enorme presupuesto alcanzaría para todos. Asistentes de segundo nivel también hacían sus planes a la sombra de los “muy cercanos” del candidato. Todo era un sonar de teléfonos, un ir y venir de mensajeros y secretarias. En una pared el reloj marcaba las doce del día. Mientras tanto, el candidato reposaba en un mullido sofá emplazado junto al salón de juntas; la noche anterior había dormido unas cuantas horas, debido a una discusión con su mujer en torno a una de sus hijas.

Hombre cuarentón, el candidato seis meses antes había cumplido su mandato como gobernador; según su partido político, era el más indicado para contender en las elecciones hacia la presidencia de la República. Era casi seguro que lo lograría: sus opositores eran inexpertos en las lides de la política. Casado y con dos hijas, vivía en un suburbio de nivel económico alto hacia el poniente de la ciudad. Astuta y algo infiel, su mujer soportaba aquella situación al lado suyo. Como gobernador no salió bien librado luego de haberse visto involucrado en escándalos de malos manejos en el erario público y, supuestamente, en lavado de dinero, aunque ninguno de estos delitos se le pudo comprobar. Pero tenía una gran cualidad, era muy inteligente. Se había casado con una mujer descendiente de libaneses que le apostó a la carrera política de su marido, con el consecuente beneficio económico para ella y su comunidad. En su vida conyugal sus relaciones tirantes eran muy notorias; incluso el marido tenía la leve sospecha de no ser el padre biológico de Olivia, la menor de las hijas del matrimonio.

En los periódicos, las noticias estaban en su apogeo: vida y milagros de la clase política, delincuencia por aquí y delitos por allá, no más. El ciudadano atestiguaba a diario una comunicación fastidiosa y demasiado repetitiva. Ese medio día un asistente interrumpió el descanso del candidato:

—Señor, recibimos un mensaje de su esposa. Le urge comunicarse con usted.

—Bien, gracias —dijo como respuesta, solo para acomodarse y seguir descansando.

Era una llamada más de su mujer, para ella todo era urgente. Además, se acercaba la hora del almuerzo.

Desde su automóvil, Mauricio hizo una llamada telefónica:

—¡Qué carajos hicieron, no entiendo... explícame!

— ¿Por qué dices eso? — dijo confundido el compinche.

—La “mercancía” no salió de la “tienda”, la tiene Raquel — reclamó irritado—, te escucho —sentenció en espera de una explicación—.

—Mira, Mauricio. Te avisé que ya la teníamos, y así es: está en la “bodega”. Hablando como los militares, “estoy junto al objetivo”; también está aquí mi colega. Nos ajustamos al plan y no tuvimos ningún problema.

—Bien, seguiremos con lo planeado. No quiero errores. Le hablaré a Raquel.

Muy nerviosa, la aludida caminaba en su habitación como león enjaulado, seguía sin comprender. Inconscientemente jugaba con su teléfono móvil. De pronto sonó:

—Soy yo, Mauricio, te espero en cinco minutos en el parque, junto a la fuente.

Al llegar, cara larga y preocupado, Mauricio fumaba desesperadamente; ella se sentó a su lado, demasiado cerca.

—Quiero que me digas con detalles lo que hiciste hoy.

—Durante el desayuno mi patrona me dijo que arreglara a la niña, saldrían en dos horas a la academia de música, como cada sábado. La bañé, la vestí, y ella se dirigió a la habitación de su madre. Fui al estudio por las partituras de música y las dejé sobre la mesa del comedor. Después me fui a mi habitación. Como a las diez y media las dos fueron a la cochera y se subieron a la furgoneta; la madre accionó el control remoto para abrir el portón y salieron a la calle. Así era cada sábado. Me dirigí a mi habitación y les hablé a los colegas que esperaban mi llamada; les dije que en tres minutos llegaría la furgoneta, me respondieron con un “bien, esperamos”, y no hubo más hasta que recibí tu llamada.

La cara de Mauricio era un signo de interrogación. No refutó nada y después de despedirse se dirigió a la “bodega” para oír la versión de los colegas y reconocer a la niña. Rumiaba suposiciones, repasaba lo planeado mientras manejaba su viejo auto. Los tres hombres tenían identificadas a la madre y su hija, la furgoneta, conocían la ruta que todos los sábados recorrían; los cuatro habían ensayado el plan. Si hubo un error, le inquietaba la explicación que le daría al “alto mando” en Houston, Texas. Las luces rojas de los semáforos le daban más tiempo para pensar, pero no llegaba a ninguna conclusión. Al llegar, comenzó a interrogar a uno de los raptos, colega suyo:

—¿Dónde está la niña?

—Allá arriba, en la habitación sin ventanas —respondió nervioso—, aquí está la llave; llamaré a mi compañero.

Casi volando subió la escalera que conducía a la planta alta; de un empujón abrió la puerta de la habitación: ahí estaba la pequeña, dormida sobre un camastro. Le retiró la cabellera que cubría su cara y... ¡era otra niña! Bajó rápido, se reunió con los otros dos plagiarios y dijo: ¿qué sucedió?

—No pasó nada, Mauricio, seguimos las indicaciones, y nada más...

Mientras Mauricio encendía un cigarrillo, sus colegas se miraron y se dijeron algo con la vista.

—Cuando nos habló Raquel estuvimos alertas esperando que llegara la furgoneta. A lo lejos la vimos venir, y cuando pasó junto a nosotros, la seguimos; la alcanzamos dos calles adelante, ahí, junto al parque, como nos ordenaste. Le dimos un golpe a su vehículo para que se orillara y nos reclamara; mientras yo tenía un alegato con la madre, mi compañero sacó a la niña de la furgoneta, en ese momento le di un golpe a la mujer y se quedó, allí, sobre el adoquinado. Subimos a la niña al coche y nos vinimos. La llevamos a...

—Un momento, espera... ¿No se dieron cuenta de que era otra niña?

—No notamos la diferencia, Mauricio, estaban demasiado emperifolladas, como si fueran a una fiesta. Como ya te diste cuenta allá arriba, son muy parecidas.

En realidad, las dos niñas tenían un parecido asombroso. Los tres hombres se quedaron muy pensativos, fumaban, se rascaban la cabeza y uno de ellos escupía constantemente. Mauricio enunciaba un monólogo, como tratando que alguien, iluminado, encontrara la respuesta, o tal vez, escuchándose, la encontraría él mismo.

—¿Por qué no llegó la niña que esperábamos? ¿Y quién es esta niña? Debo encontrar el error y actuar rápido. Hay mucho dinero en juego y no quiero sufrir las consecuencias; todavía hay cosas por hacer este día. ¿Han hablado con ella?

—Tratamos, pero no quiere hablar, se ve que tiene un carácter fuerte.

—No tiene carácter fuerte —lo contradijo Mauricio—, tiene miedo, su mente está bloqueada. Llamaré a Raquel para que venga a hablar con ella, tal vez como mujer ella lo logre.

Para despabilarse fue al lavabo, se secó el agua de la cara con una toalla de papel y, preocupado, la arrojó al cesto de la basura. En su teléfono móvil marcó un número de larga distancia:

—*Hello, who is it?*

—Mike, soy Mauricio.

—Dime —dijo el hombre—, todo *ok?*

—Tenemos a la niña... ¡pero es otra, no sé qué pasó ni sabemos quién es!

—No te preocupes, muchacho, no importa, confío en lo que haces... Más tarde espero tu llamada, *ok? Bye.*

—De acuerdo, *bye.*

Cuando terminó de hablar Raquel ya había llegado, estaba en la cocina. La recibió con una sonrisa forzada que era más bien una mueca. Mientras los otros hombres veían televisión, Mauricio y Raquel subieron a la planta alta: la niña seguía durmiendo. Bajaron a la cocina.

—Como viste, se trata de otra niña, ¿la conoces?

—No, nunca la he visto, es muy parecida a la otra y casi de la misma edad. Pero mejor vestida. Tú sabes, las mujeres sabemos de ropa y la que trae es de calidad.

—Sí, además se ve sana y eso nos favorece. Aun así, debemos saber quién es.

Estaba por terminar la participación de los cuatro en el negocio.

—¿Quieres un café?

—No. Prefiero una cerveza muy fría.

Ella, entre sorbos de café, y él, entre tragos de cerveza, comentaron lo sucedido del día.

—Sube, si está dormida, la despiertas y le preguntas quién es. Creo que al verte hablará, porque no ha dicho una sola palabra. ¡Ah!, hablé con Mike y me dijo que no le importaba el cambio de niña y que el plan sigue adelante. ¿Y yo? —preguntó Raquel.

—Tú sigue trabajando allí. Aquella niña, tu pupila, será un repuesto.

A pesar de ruegos y amenazas la niña no habló. Malhumorada, Raquel regresó a la cocina. Sin decir más, Mauricio se le acercó y la miro con ojos de acecho; tal vez esa noche llegaría a un oasis para calmar su otra sed.

—¿Festejamos, Raquel?

—Sí, por qué no; pero será mañana, hoy no puedo. ¿Dónde?

—En el bar donde nos conocimos, ¿lo recuerdas? Ocho de la noche.

Las respuestas escuetas indicaban algo que Mauricio no se esperaba. Lo sabría mañana. Durante los últimos tres años habían mantenido una relación demasiado íntima con ella.

Al otro lado de la ciudad, en las oficinas electorales, una secretaria mal vestida y con un andar ordinario interrumpe una reunión de trabajo en la que se encontraba el candidato; después de susurrarle algo al oído, salieron del recinto y se dirigieron a un pequeño privado donde le esperaba el abogado Mendoza, Procurador de la República. Este hombre letrado era su amigote, pocos años atrás se había desempeñado

como su asesor y después como su secretario particular. Muy profesional, pero sin personalidad; muy ducho en el quehacer político, no en vano había llegado a ser el primer procurador de la nación. No muy lejos, la indiscreta secretaria observaba la escena a través de un cancel de vidrio. Cuando estuvieron frente a frente el saludo fue una sola palmada en el hombro del candidato. Ya sentados, el mofletudo procurador sudaba a raudales. Hablaba y hablaba mientras se secaba el sudor con pañuelos de papel. El candidato, muy atento, de vez en cuando hacía preguntas, se frotaba la barba, la sien, la oreja, e inclinó la cabeza dos o tres veces mirando la pequeña alfombra; parecía que su mirada se perdía en el tejido multicolor del tapete; después de una hora salieron apresurados, sin hablar; él parecía confundido, sorprendido, preocupado, todo a la vez; su impotencia le reclamaba algunos consejos, pero, ¿de quién? Tal vez del presidente del partido, un sacerdote o, quizá, su propia conciencia. Sentía el peso de cien mundos sobre sus espaldas. La secretaria no vislumbró nada y, por lo tanto, no habría la comidilla del día.

En esos precisos momentos, dos encargados de la mafia que controlaba Mike en el vecino país estaban por llegar a la casa donde estaba secuestrada la pequeña; mientras, la madre de la niña, algo recuperada de la tragedia vivida, estaba siendo trasladada en ambulancia a su domicilio.

Meda hora después, el procurador y el presidente del partido esperan en la biblioteca de la casa del ex gobernador. Llega retrasado, cierra la puerta y le echa cerrojo. Muy atento, escuchaba de los dos sus propuestas, lo conveniente para él y para el partido, entre otros aspectos; después, todo giró en torno al asunto que traían entre manos. Llegaron a un acuerdo: el procurador se haría cargo de todo y le reportaría directamente a él. La campaña presidencial seguiría de acuerdo con el plan trazado. Se despidieron con apretones de manos. La mujer del candidato descansaba en su habitación al cuidado de una enfermera.

Mauricio y sus dos colegas, ya sin preocupación inmediata, miraban televisión; nerviosos, recorrían los canales esperando oír alguna noticia referente a su trabajo del día. Los enviados llegaron, le dieron algunas instrucciones a Mauricio y uno de ellos le aplicó a la niña un leve sedante.

—¿Puedo saber adónde la llevan? —inquirió Mauricio—. Solo por curiosidad.

—No —dijo uno de los hombres—, no lo sabrás.

Ya muy noche, Mauricio y sus colegas festejaban en un lugar exclusivo para adultos; luego de mujeres y licor en exceso, se retiraron del lugar. Él se dirigió a su penthouse, uno de los tres domicilios que tenía en la ciudad. Sin desvestirse, y aún con zapatos, se tumbó en la amplia cama *king size*; su ebriedad favoreció el descanso, y durmió toda la noche como un bendito.

Los hombres que llevaban a la niña condujeron durante once horas por caminos vecinales, hacían planes por la buena paga que recibirían; apresurados, llegaron a Monterrey sin ningún contratiempo, así debía ser, puesto que el plagio parecía no haber sido reportado a la policía. Un edificio moderno de seis niveles en el centro de la ciudad era el destino del viaje. Habían llegado al tercer sótano del estacionamiento cuando, niña en brazos, uno de los hombres se dirigió de prisa hacia el ascensor; el otro, frente al tablero, metió una llave y marcó el número del piso: 6. Los otros cinco niveles estaban arrendados a médicos, abogados y otros profesionistas.

Una vez arriba, para introducirse en aquello que parecía un apartamento de lujo con *roof garden*, el hombre que tenía acceso a ese nivel colocó el dedo pulgar sobre una pequeña pantalla de vidrio, se trataba de un dispositivo electrónico cuyo sistema le permitió comparar su huella digital contra la autorizada. Las puertas, como las de un ascensor, se abrieron. Fueron recibidos por un hombre y una mujer, quienes por su proceder daban la impresión de ser un médico con su

enfermera. Era razonable: debían realizar una revisión preliminar de la “mercancía” recibida. Minutos después todos los hombres se retiraron y la mujer quedó al cuidado de la niña. Arriba, en el remate del edificio, una letra H dentro de un círculo parecía encarar al cielo: era un helipuerto. Más allá del perímetro reglamentario para el ascenso y descenso de aeronaves, los girasoles, en grandes macetas, perturbaban el lugar.

La enfermera que cuidaba a la niña no permaneció sola por mucho tiempo: a eso de las nueve de la mañana llegaron dos hombres y estuvieron en el interior del piso durante dos horas. Minutos después llegaron otros tres e hicieron lo mismo; al final del día desfilaron un total de ocho visitantes; la pequeña continuaba sedada. Sabían lo que estaban haciendo.

Ese día, el desayuno de Raquel fue un plato de frutas, pan tostado y jugo de naranja; tenía prisa, debía recorrer varias tiendas para comprar un vestido. No olvidaba su cita con Mauricio. Era domingo, su día libre. Por la tarde, ya casi de noche, Raquel se miró al espejo y se preparó para el encuentro.

Pasadas las ocho de la noche, Mauricio esperaba en un rincón del bar; sobre la pequeña mesa redonda destacaba media botella de tequila, un salero y limones partidos, alumbrado todo aquello por una vela en forma de cubo. El ambiente era acariciado por una música empalagosa, propia de enamorados. Media hora después, Raquel estaba frente a él. Atraía todas las miradas; parecía que era la primera vez que él la veía. Un vestido verde azulado hacía resaltar el color miel de sus ojos; además, el corte entallado y un prolongado escote en la espalda hacían soñar. Hablaron de todo, excepto del negocio; después de dos copas, Mauricio extendió su brazo buscando las manos de Raquel, trató de acariciarlas, pero ella rechazó el intento. “Hay algo detrás de ese gesto”, pensó Mauricio.

—¿Recuerdas aquellas noches cuando a través de la ventana, bajo las sábanas, mirábamos estrellas hasta el amanecer?

—Las recuerdo, Mauricio... eran otros tiempos.

—Hoy me gustaría mirar estrellas y abanicarme con tus pestañas... ¿es posible?

—Creo que no, estoy enamorada y...

—¿De quién, de mí?

—No, de ti no. Hace seis meses conocí a un hombre, ya maduro, y nuestra relación va muy en serio. Quiero seguridad, pienso en mi futuro. Creo que es la última vez que trabajamos juntos tú y yo; ya lo he decidido y me retiraré del negocio, un día terminará la buena suerte que hemos tenido... y no quiero pensar en ello.

Mauricio no sabía que antes de conocerlo, Raquel se dedicaba a chantajear hombres casados que fueran infieles; su astucia doblegaba al más experimentado. Nadie rechazaba un exquisito platillo sobre una mesa bien puesta. Con artimañas femeninas de avanzada lograba conocer el *e-mail* de sus víctimas, el teléfono móvil hacía el resto. Tomadas en ciertos momentos de frenesí desbordado, las fotografías simulaban como si en un juego de póker se tuviera cuatro ases. Lograba lo que quería, sin excederse. Ahora andaba en algo más grande.

En cuanto a Mauricio, Él tenía también lo suyo: se consideraba el representante de la organización en estas latitudes, mientras que sus colegas —y en menor grado Raquel— hacían el trabajo sucio. Él llevaba la voz de mando.

Más tarde, Raquel se despidió de Mauricio estampándole un beso en la mejilla. De regreso a casa tuvo insomnio, todo por haberle mentado: no había tal hombre maduro, más bien, se sentía con la suficiente capacidad para trabajar por su cuenta, ya que había aprendido mucho con Mauricio, tanto en lo práctico como en la colecta de información

que sutilmente obtenía. Revolcándose en la cama para conciliar el sueño, recordaba cuando en los chantajes recibía información —a cambio de plata— que le daban sus víctimas infieles: banqueros, abogados, políticos o delincuentes de la “mediana escuela”, pasado que tenía muy bien guardado, e información que le serviría para ponerla en práctica en el momento oportuno. No se consideraba astuta, pero lo era, tal vez demasiado. Muy en su interior, todavía sentía atracción por Mauricio: bien parecido, cuerpo atlético, simpático, reservado y, sobre todo, demasiado fogoso. Nunca ha olvidado aquella primera noche cuando su cuerpo cálido y húmedo esperaba el momento cumbre de aquel acto, muy natural en las edades tempranas; pero no, su relación no tendía a una trato serio con él, no le agradaría que ese hombre pudiera ser el padre de sus hijos, si los tuviere algún día. Al no poder dormir, sacó un libro de su buró: *Psicología para no iniciados*, era el título de su libro de cabecera, le atraía el tema, seguramente algo había en su interior, tal vez un problema en su infancia. Un separador de piel muy manoseado señalaba la página de la última lectura; lo abrió, lo cerró y lo guardó en el mismo buró. En el señalamiento estaban arrancadas seis páginas, era todo un capítulo que versaba sobre el carácter, el temperamento y la personalidad. Era de suponerse que lo allí escrito había puesto el dedo sobre alguna llaga de Raquel. A la luz de la psicología actual, y a pesar de ser un tema muy controvertido, aquello de que “infancia es destino” se aplicaba justamente a su comportamiento. De niña había sido criada en un ambiente familiar donde la presencia y autoridad de la madre era excesiva, comparada con el débil papel de su padre; la idea que le quedó marcada en los rincones de su ser fue encontrar un príncipe azul que hiciera a un lado su miseria y donde, tal vez, dejaría relegado el amor a un segundo plano.

La infancia de Mauricio también tenía lo suyo: su niñez y adolescencia habían transcurrido en un entorno familiar de orden y autoritarismo extremo que al llegar a los dieciocho años lo llevaron a un comportamiento rebelde e irrazonable: estaba en contra de todo lo establecido.

Tres de la mañana y, sin contar borregos, Raquel por fin pudo dormir, mañana sería otro día. Los días iban y venían, y ella seguía preguntándose sobre la identidad de la niña. Todos los días acudía al kiosco de la esquina a comprar dos o tres periódicos; esperaba encontrar alguna noticia sobre aquella niña, el resultado: cero noticias. Sus canales de televisión favoritos eran los de cobertura nacional, no se perdía una sola noticia, parecía que estaba en su elemento. Las noticias siempre eran las mismas: narcotráfico, secuestros, hombres colgados en puentes, descabezados y demás, todas siempre en el mismo tono y rematadas por una frase trillada: “El tejido social está descompuesto”.

—“¿Por qué no transmiten algo sobre el plagio?” —se preguntaba; poco a poco se le iba convirtiendo en su obsesión.

Después de cumplir con sus labores de niñera, indagaba también en internet; picaba aquí y allá sobre las ligas que se presentaban ante sus ojos. Y así como en los periódicos, las noticias eran las mismas: candidatos, discursos y demagogia. Sin saber por qué, hizo clic en el enlace: “La familia del candidato”. Como muchas otras, era una nota en las que magnifican al hombre honrado y padre amoroso, y la estabilidad de una familia feliz. Raquel vio la fotografía que presentaba el artículo: un padre sonriente, una esposa saludando con la mano derecha y entre ellos su hija Fabiola. Al final de la noticia leyó una lista del currículum del candidato, antes gobernador; hizo clic en el primero de la lista y en la pantalla de su ordenador portátil apareció en primer lugar una fotografía en la que aparecían el ex gobernador, su esposa y sus dos hijas: Fabiola y Olivia. Era una noticia publicada un mes atrás. Recorrió más enlaces relacionados con el candidato; después de diez o doce, encontró otra fotografía en la que en un evento con la “Asociación Nacional de Mujeres Progresistas”, el candidato, su esposa y sus dos hijas fueron fotografiados cuando descendían de una furgoneta color negro con vidrios oscuros. Regresó a la primera fotografía que había visto pocos minutos atrás, y las comparó.

Como sucede en algunos países, en tiempos electorales es del dominio público dónde viven los candidatos, qué comen, qué hacen y qué no hacen. Lo indagó, y por coincidencia —aunque alguien dice que “a veces el diablo mete la pata”—, el exgobernador vivía por el mismo rumbo que Raquel y su pupila.

Cenó frugalmente y se fue a la cama. Las pesadillas la abrumaron, por lo que, a la salida del sol, despertó insomne. Durante todo el día pensaba y repensaba en las fotografías que había visto. Casi estaba segura de que la hija menor del candidato era la niña que habían plagiado; este pensamiento la rondó durante los tres días siguientes. El diablillo “malo” de su conciencia le decía en su oreja izquierda: “Has encontrado una mina, tienes oro molino en tus manos; el diablillo “bueno” le susurraba en su oreja derecha: ¡Cuidado! ¿Y Mauricio? ¿Y el gringo Mike?

Raquel tomó una decisión: reunidos en un antro de mala muerte los plagiarios y ella tendrían una “junta de trabajo”; ya en el lugar gesticulaban, meditaban y hablaban en secreto. El ambiente era sofocante: humo de cigarro y olor a licor. Todos estuvieron de acuerdo en que no era necesario conocer la identidad de la niña, el gran problema a resolver era el lugar y la hora del pago del rescate; los colegas se encargarían de ese asunto. El botín había sido fijado: cuatrocientos mil dólares; doscientos mil para los colegas y doscientos mil para ella.

Desde luego, ese asunto no sería del conocimiento de Mauricio. Los tres confiaban entre sí. En caso contrario, cada uno estaba preparado para actuar ante una posible traición.

Lejos de allí, y abrumado por el exceso de actividades, el candidato tuvo la necesidad de contratar dos secretarías para laborar en su domicilio particular, además de otras dos que le asignaban en las oficinas centrales del partido. Incluso en horas inhábiles, en su domicilio los teléfonos no dejaban de sonar; entrada la noche, él personalmente contestaba la línea exclusiva para asuntos de política. Un

desfile de amigos y conocidos se pondría a sus órdenes para ayudarlo cuando se encontrara en la cúspide: senadores, diputados, ministros, todos los ex que buscaban acomodarse nuevamente aprovechando el momento, además de otra sarta de lambiscones que ni conocía. En ningún momento se sorprendía el candidato: para él y para otros la política era así.

El reloj de la biblioteca hace sonar las once de la noche en la residencia del candidato, su esposa duerme; él revisa la agenda del siguiente día, medio sereno, pero a la vez cansado, sin corbata y con bata color vino de seda artificial, atuendo que indica que pronto irá a la cama. Es un salón bien decorado: estantes empotrados que se deslizan electrónicamente mediante un control remoto; cortinas y tapicería de muebles de un color verde pantano, de ese estilo que los decoradores llaman hoy día *vintage*; paredes y tapetes color hueso; lámparas y demás adornos estilo Siglo XIX; nacionalismo colgado en las paredes: originales de Diego Rivera y Frida Kahlo; y para dar el toque ecléctico, en un rincón oscuro también cuelga la copia de un Picasso. Alguien muy *nice* diría: soñado. El teléfono sonó.

—Hola.

—No hable, solo escuche. Tenemos a la niña... No haga locuras. Si nos persiguen o capturan nunca más verá usted a Olivia. Tiene una semana para reunir cuatrocientos mil dólares en billetes de cien que entregará en dos bolsas color negro. Le hablaré a esta misma hora.

Esa noche no pudo conciliar el sueño; tal vez dormitó tres o cuatro horas. Antes de las ocho de la mañana le habló al procurador. “Era de esperarse” —dijo él; “Yo recomiendo que el rescate sea pagado, como lo habíamos visualizado. ¿Recuerdas?”. Minutos después se lo contó a su mujer. Ella aceptó. El pago del rescate se haría en absoluta secrecía.

Ocho días después, la misma voz le daba instrucciones al candidato para la entrega del dinero, bajo la amenaza dicha en la llamada anterior.

Mientras golpeaba el teléfono contra la palma de su mano, casi como una orden, la esposa le sugería que no se le informara al procurador. El marido estuvo de acuerdo. Además, realmente esa cantidad no mellaba su patrimonio.

Desde el día que Mauricio se fue de vacaciones, Raquel y sus colegas no habían tenido noticias de él, esto les preocupaba, pero no demasiado. Tres días después de haber cobrado el rescate, la buena suerte —una vez más— estaba de su lado. En un periódico amarillista, Raquel leyó: “El colombiano-estadounidense Mauricio ‘N’ fue capturado en la ciudad de Bogotá cuando trataba de trasladarse a la ciudad de Cali. Iba en compañía de dos menores de edad, supuestamente raptadas en la capital del país para su traslado a Europa. Entre sus pertenencias la policía encontró tres pasaportes y dinero en efectivo. De acuerdo con las primeras investigaciones, el presunto delincuente podría tener nexos en Centroamérica, México y Estados Unidos...”.

Desde su guarida, Mike controlaba todas las operaciones; tenía ramificaciones en cada país del continente. Su portafolios estaba repleto de agendas, notas, contactos y, sobre todo, una lista parecida a la tarifa de precios de cualquier carnicería de pueblo: corazón, cien mil dólares; riñón, noventa mil; médula ósea, cuarenta mil; córnea, veinte mil... Eran precios únicamente de los órganos, a esa tarifa le agregaba los gastos de los participantes en el trabajo: clínica, médicos, enfermeras, pilotos, sobornos, incluidos, desde luego, los pagos a Raquel y Mauricio. Por cada víctima repartía unos cuatrocientos mil, de donde le quedaba la nada despreciable cantidad neta de doscientos mil dólares.

Aquel desfile de visitantes que acudieron al día siguiente de la llegada de la niña a Monterrey eran nada menos que especialistas en trasplantes; algunos, estadounidenses, pero todos muy versados en la materia: cirujanos, hepatólogos, nefrólogos, gastroenterólogos, cardiólogos, anestesiistas, auxiliares médicos y enfermeras especialistas.

Era de esperarse: se debía realizar toda la etapa preoperatoria antes de extirpar los órganos, incluyendo estudios y análisis clínicos, cuyos resultados serían determinantes para asegurar la compatibilidad entre la donante y los receptores que esperaban en el vecino país para una feliz implantación. Los llamados órganos sólidos requerían atención especial, como el corazón, el hígado, el riñón y los pulmones, debido a que debían estar bien oxigenados y nutridos para soportar el traslado. Parecía que se trataba de una “donación multiorgánica”. El día de la extirpación, todos ellos estaban muy conscientes, en tanto médicos, de los tiempos máximos de conservación de los órganos: cinco horas para el corazón y pulmón; veinticuatro para el hígado y páncreas; setenta y dos para riñones. Parecía una práctica de cualquier facultad de medicina. Comenzaron por los riñones, siguieron con otros órganos y, al final, el corazón y los pulmones. Los anesthesiólogos sufrían, tenían que mantener con vida a la niña. La dejaron casi vacía, tenían que aprovechar la oportunidad. Después de extirpar cada órgano siguieron con el protocolo: control de temperatura, lavado de órganos, soluciones de preservación para evitar el proceso de degradación celular, inmersión en sangre y envasado para su envío —como si fuera un par de zapatos que se envía por DHL—. En un rincón dentro del quirófano estaban apiladas ocho petaquillas de color blanco; en la antesala aguardaba la documentación que se entregaría en los aeropuertos: papeles falsificados con sabor a corrupción. No era la primera vez que hacían eso, no eran novatos. En Houston, los receptores esperaban hospitalizados en varios centros médicos; los resultados obtenidos eran compatibles para recibir los órganos de Olivia. Todo funcionaba como un reloj suizo. Después de horas —que parecieron eternas—, un helicóptero inició el traslado de los órganos al Aeropuerto Internacional de Monterrey.

Revisado el papeleo, un jet privado tipo ejecutivo despegó del aeropuerto. Su destino: Houston, Texas, a una hora y media de viaje, cuando mucho. Bien aseguradas sobre amortiguadores plásticos, en la cabina de mando van ocho petaquillas de color blanco y de varios

pesos, en el exterior reza una leyenda en color rojo: *Human organ for transplant*.

Siete meses después, seis niños en el estado de Texas y dos más en otro estado sureño de los Estados Unidos se recuperan ya satisfactoriamente de los trasplantes, gracias a la riqueza de sus padres y a la delincuencia internacional en el tráfico de órganos. De Mauricio ya nada se supo. Raquel y los colegas nunca recibieron la paga por su participación en el plagio de la niña; ella vacaciona frecuentemente en la Riviera Maya, al acecho de nuevas víctimas y, de paso, buscando encontrar el amor soñado. El padre de Olivia lleva tres meses desempeñándose en su nuevo cargo: Presidente de la República.